

Reflexiones sobre ocho muertes peruanas

CARLOS IVAN-DEGREGORI-JAIME URRUTIA

La masacre de ocho periodistas, entre ellos tres estimados compañeros de *El Diario*, ha conmocionado el país, ha derrumbado clichés indigenistas y amenaza con hacer recrudescer el racismo que permanece enraizado entre nosotros, como la mala hierba.

A estas alturas no cabe duda que los campesinos de Uchuraccay actuaron azuzados por los sinchis. Pero la pregunta es: ¿por qué tuvieron éxito los sinchis en su sangüinaria táctica? La pobreza y el atraso de la zona son una respuesta correcta pero sólo parcial. Por el Perú que anhelamos, es necesario profundizar en la comprensión de lo ocurrido.

IQUICHA

No conocemos exactamente qué fueron los iquichanos (nombre genérico de las comunidades ubicadas en el distrito de Iquicha, entre las que se encuentran Uchuraccay y Huaychau) antes de la Conquista, pero toda la zona de Ayacucho formó parte de la Confederación Chanka. Cuando ésta fue derrotada por el inka Pachakútec, los habitantes de la región fueron dispersados por el territorio del imperio.

Algunos autores afirman que los iquichanos, junto con los Tanquihuas del río Pampas, podrían ser los únicos pobladores originarios que permanecieron en la región, rodeados de mitimaeas hostiles, traídos de otras partes a repoblar las tierras abandonadas. O pudieron haber sido un grupo étnico particularmente fiero y fiel a los orejones cusqueños, que fue llevado a la zona para vigilarla desde las alturas del Rasuwilka. Lo cierto es que desde la Colonia, los iquichanos constituyeron un grupo distinguible y distinguido por sucesivos viajeros e historiadores.

Quizás esa distinción se deba a que eran y siguen siendo comunidades pastoras. En todas partes, los pueblos pastores acosaron intermitentemente a los pueblos agrícolas, a veces los dominaron. Desde los hititas a los hunos, o los famosos Wa Tutsis de África Central, los pastores fueron siempre guerreros. En nuestro país, los chachivilcanos *ccorilazos*, que el pastor del Cusco, es famoso por rudas costumbres como el *chiarq'e* y por su espíritu aguerrido.

Simón Enrique Sánchez, alcalde IU de Huanta e historiador de su región natal, nos relata que, al menos durante la Colonia, los iquichanos gozaron de privile-

gios de la Corona y les fueron adjudicadas grandes extensiones de tierra. Iquicha es la única comunidad de la provincia de Huanta que tiene títulos de propiedad que se remontan al siglo XVIII.

En 1814 los iquichanos se plegaron al movimiento de Pumacahua; el intendente de Huamanga les suprimió los tributos tratando de aplacarlos. Al llegar San Martín, la expedición de Arenales impuso nuevos tributos provocando el rechazo de los iquichanos que se volcaron al bando realista en el que permanecieron aun después de la batalla de Ayacucho, asolaron Huanta y amagaron Huamanga, a cuyas puertas fueron derrotados por el prefecto Tristán (abuelo de Flora).

En la guerra con Chile, en plena Campaña de la Breña, los iquichanos dieron muerte a la raíz del poder centralizado al obispo de Huanta, Pedro Polo, que al parecer se había parcializado con la facción peruana que se mostraba reticente a continuar la resistencia.

A fines del siglo pasado volvieron a incendiar y arrasar Huanta y sitiaron San Miguel a raíz de un abusivo impuesto a la sal, artículo indispensable para la ganadería de altura.

Lo interesante es que en todos estos casos, los iquichanos parecen haberse alineado alrededor de sus jefes tradicionales (*varayoc*), del poder central o de determinados caudillos o terratenientes locales. Esto aforó más claramente desde fines del siglo pasado, cuando dos famosos caudillos huantinos, Lazón (terrafanteño) y Urbina, (representante de la pequeña burguesía urbana) se enfrentaron largamente. El primero movilizó a los iquichanos para dirimir sangrientamente superioridades. Tan recientemente como en 1969, mientras los pobladores urbanos de Ayacucho y Huanta se rebelaban por la gratuidad de la enseñanza, los iquichanos fueron movilizados por los últimos hacendados de la zona, en contra de la reforma agraria.

Estamos entonces frente a un grupo con una tradición histórica que podría ser muy violenta y conflictiva, que luego de gozar de ciertos privilegios durante la Colonia fue arrinconado y sumido en la pobreza y el atraso, por sucesivos dominadores.

Este grupo parece haber optado por una estrategia de supervivencia ambigua, que fluctúa entre la pasividad o indiferencia total y los estallidos intermitentes



de violencia desenfadada cuando se sienten agredidos por fuerzas externas; entre el aislamiento y la conservación de su universo cultural tradicional, y el alineamiento incondicional con determinados "patrones" que pudieran darles protección. Después de todo, aun cuando el Estado nunca penetró en la zona, los campesinos *saben* que se mueven dentro de un mundo más amplio pero sumamente adverso y optan por buscar en ese mundo extraño puntos de apoyo, padrinos con los que establecen relaciones de compadrazgo y dependencia.

¿Por qué eligieron esta vez alinearse con los sinchis?

Es indudable el poder persuasivo que puede tener en tal región gente que se desplaza en helicóptero, provista de los armamentos más modernos. Es muy probable también la existencia de licenciados—el teniente gobernador, instigador directo de la matanza, por ejemplo— dispuestos a servir de enlace con los sinchis

en su guerra sucia. Pueden quedar quizá en la memoria colectiva los privilegios obtenidos, al aliarse con el poder durante la Colonia, y que parecieran haber seguido buscando en sus posteriores alianzas.

En este caso, según nuestra opinión, ha influido también, la táctica del Sendero Luminoso, que forzó la supresión de las ferias de Lirio y otras de la provincia, importantes para el campesinado. Dentro de su concepción autárquica a ultranza, Sendero recorría zonas cercanas diciendo: "no necesitan ya comprar azúcar porque vamos a hacer azúcar de cabuya; ni jabón, porque vamos a hacer lejía de ceniza; ni sal, porque hay minas que podemos poner en funcionamiento". El cierre de las ferias perjudicó probablemente a los campesinos que, sin otra alternativa de organización por la inexistencia de gremios o partidos de izquierda en la zona, habrían decidido apoyar a los helitransportados que venían, de yapa, con algunos alimentos.

NUESTRAS MUCHAS BARBARIES

Creemos que es de vital importancia combatir cualquier escalada racista. Actos como los acaecidos en Uchuraccay constituyen tan sólo una de las muchas barbaries que hoy asolan el país. Barbarie cotidiana de los sinchis, barbarie esporádica de Sendero con sus ajusticiamientos, barbarie ultramoderna de los medios de comunicación que se regodean en la exhibición de cadáveres mutilados.

Pocos países del planeta tienen el triste privilegio de poder exhibir, en menos de 20 años, tantas matanzas colectivas irracionales y atroces: la masacre del Estadio Nacional en los años 60, la asonada del 5 de febrero de 1975, la atroz matanza de El Sexto en 1981 y hoy la masacre de Uchuraccay. Parafraseando a González Prada: somos un país enfermo, donde ponemos el dedo estalla incontenible la violencia.

No se tache pues a los "indios" como monopolizadores de una violencia que en un país desgarrado y terrible como el nuestro, todos llevamos a flor de piel, especialmente el poder.

HASTA SIEMPRE

Lo expuesto no anula pues la responsabilidad del Gobierno y de las fuerzas policiales en los trágicos acontecimientos. Tampoco niega el potencial revolucionario del campesinado, especialmente comunero. Su capacidad de movilización masiva es puesta la mayoría de las veces al servicio de la libertad: tomas de tierra, innovación tecnológica allí donde le es posible, construcción de escuelas, caminos, etc. Arqueadas cuenta en *Yauvar fiesta* cómo los cuatro ayllus de Puquico construyeron la carretera de Nasca a su pueblo en sólo 29 días. Incluso en el terreno de la autodefensa, las rondas y guardias campesinas nunca han ejercido una violencia irracional. Pero aspectos regresivos antidemocráticos y de sumisión al poder, existen y deben ser expuestos.

Nuestras tardías digresiones no devolverán con vida a nuestros queridos compañeros, pero por lo menos quieren ayudar a comprender mejor nuestra realidad para acabar finalmente con el desgarramiento y la violencia que un sistema oprobioso nos impone, para construir un Perú que supere sus traumas y lave sus heridas históricas. En esa tarea nos acompaña el ejemplo y la memoria de nuestros colegas desaparecidos.